

EL TRUEQUE

Aquella tarde le dio a Tata Mundo por hacer recuerdos, a los que era tan como viejo hablantín inclinado, y pasando a brincos de saltamonte de uno en otro, vino finalmente a caer en dos ya finados parientes que allá en sus tiempos mozos había conocido.

—Por ahí dicen a menudo —gruñó pensativo mientras a nosotros se nos caía la baba escuchándolo—, que naide sabe para quién trabaja, y yo me ando temiendo mucho que eso está equivocado. Más bien me quedo con aquello de que el que la hace la paga, pues al fin y al cabo uno vive y se joroba para recoger cosecha, aunque en veces la cosecha la levanten otros por uno, que es, como bien lo veremos, otro modo de cosecharse uno mismo. Si no, aquí está la historia de mi primo Remigio y mi primo Gabriel, hijos de tía Francisca, la que fue casada con tío Rubén Fuentes. Uf, ya va pa cuarenta años que pasó esta historia, y a mí nunca se me olvida porque es una de las cosas que más pensamientos me han hecho ordeñar de mis sesos. Gabriel y Remigio eran de los menores, y aunque no gemelos, le salieron a mi tía muy parecidos de cuerpo y de cara. Yo no me acuerdo ya quién de los dos era mayor; pero sí que el uno vino en seguida del otro, y que desde

chacalines, que ni que lo hubieran apostado, si el mayor jalaba p'acá, el menor tiraba p'allá, y cuando este decía que sí, aquel, de seguro, que no. Y a medida que fueron creciendo, por éstas que en mi vida supe de dos mamulones que tuvieran ánimas ni humores más diferentes. Remigio, quien por lo visto nació buey manso y bueno para el yugo, desde chacalín dio muestras de mucho empeño para ayudarle a tío Rubén en las labores del campo, y asina aprendió a defenderse con su machete y su pala, en tanto que mi primo Gabriel, más avisado y mañoso, siempre andaba a la zafada, ya monteando, ya por La Línea, ya en la capital buscando vida en trabajos que naide sabía. Hombre, y lo cierto es que mientras Remigio la pasaba pobre, Gabriel a veces nos enseñaba así fajo, que, bueno, no le calentaba mucho los bolsillos porque como le entraban las platas asina se le lavaban de fácil. Buen guitarrista, mejor bebedor y excelente para la cutacha, a nosotros nos daba cólera ver cómo nos quitaba las novias, nos ganaba a las trompadas, y a zampar tragos, ni para qué; cuándo no nos dejaba molidos y bien almadiados, en tanto que a él ni goma le había de agarrar. Señor, y por eso mismo, han de creer que le caía bien a todo el mundo. El muy demonio se las amañaba de manera que no había quien no votara por él. Lo que yo llamo un fulano con el costal siempre lleno y regándosele, como a ciertas mujeres las ubres. Que la llevaba suave el hombre, la llevaba. Uh, me acuerdo bien de lo orgulloso que este viejo Tata Mundo se ponía cuando alguien le preguntaba si

Gabriel Fuentes era su primo. Se me aguaba la jeta de gusto respondiendo que éramos parientes.

Tata Mundo se aflojó el nudo del pañuelo, aireándose un poco la garganta, y luego siguió con su primo Remigio.

—Primo Gabriel se había ido del lugar hacía dos años largos, cuando primo Remigio echó patas para el Guanacaste con una su mujer con la que nunca supe si se juntó o se casó con todo y padre. A filo de cuchillo, de lujar palas en los cafetales y hacerse un arco sobre las sementeras, el hombre había conseguido juntar su manadilla de pesos, y ya la mujer con su primera panza, arreó con ellos y con ella para allá diz que a una tierra que había conseguido barata. Tenía también su vaca y un caballo, y llenando año con año y sudor sobre sudor sus diez buenos sacos de paciencia, ¿lo adivinan ustedes?, primo Remigio se salió con la suya: hizo finca, construyó rancho y echó al mundo cinco descendencias, dos machos y tres mujeres. Así, rodeado de unas vacas, buen número de gallinas, su par de yuntas de bueyes y algunas manzanas de maíz y frijoles, me lo vine a encontrar por aquellos años un día que me fui de sácalas allende la cordillera y estuve temporando en su rancho. Me acuerdo que le pregunté:

—Hombré, Remigio, y ¿qué has sabido últimamente de Gabriel?

—Poca cosa, como siempre. Creo que aún está por La Línea. Ese Juantarantas no se halla si no es brincando de aquí para allá y yendo de una cosa en otra.

—A mí me contaron —le dije— que es que se había metido a contratista de madera, allá por Guápiles, entiendo que para una compañía de machos, de esos que siembran el banano.

—Pues a saber —frunció la trompa Remigio—. Ya ves, Mundo, y no ha hecho nada Gabriel. Ni sienta cabeza, ni cuaja familia. Porque la Mercedes, aquella con quien andaba el año pasado, supe que se le aventó con otro. Y él seguro muerto de risa.

—Pero hijos, esos sí que los ha dejado sembrados por aquí y por allá.

—No digo yo que sembrados. Destorrentados, carajo.

—Ustedes como que no se llevan, ¿verdad, Remigio?

—¿Qué te dijera? Quizá que no. Pero nos queremos.

—Son hermanos, y tan parecidos de físico.

Eso hablamos de Gabriel cuando nos vimos. Yo seguí mi camino, y ellos, como verán ustedes, también los suyos. Meses habrían pasado cuando llegó al maizal la mayorcita de Remigio a avisarle que en la casa estaba el tío Gabriel. Remigio volteó los ojos, como extrañado, y en tres o cuatro caitazos se puso en el rancho y ya estaba abrazando a su hermano y preguntándole mil cosas. Gabriel, por lo común hablador y comunicativo, apenas si medio respondía. No era el mismo. Claro; traía su buen gallo tapado, y así de grande. Halando aparte a Remigio, de buenas a primeras se confesó con él:

—Mirá, ando juyendo. Me cagué en uno.

Remigio cambió de semblante; de ojos, de boca, hasta de orejas, que se le pusieron coloradas. Remigio tomaba las cosas en serio; las sufría con todo su pecho, se hacía cargo de ellas. Mientras estuvo nublado, no acertó a hallarles trillo a las palabras. Luego que se le limpió un poco la cara y pudo echarse al hombro la carga de la impresión tan fea que acababa de recibir, preguntó cómo había estado el asunto:

—Vos conociste a Lorenzo Víquez. Como era hombre de cuidado, y yo no soy ningún flojo, nos teníamos respeto; ¿entendés? El también se había metido a contratista de maderas y tenía su trabajador cerca de donde estaba mi saca. El manejaba hombres, y yo manejaba hombres. Por eso habíamos marcado de acuerdo una línea de palos que dividía mi parcela de la suya. La vaina fue cuando llegamos a los palos señalados, que yo hacía propios, y él también.

—Ah bárbaros, y habiendo tantos. Entortarse por malditos unos palos.

—No, Migio; la madera no era la cosa. Pero, vos sabés: él tenía hombres que mandaba, y yo mandaba a mis hombres. Me estaban viendo. A él los suyos también lo estaban viendo. La cosa asína cambiaba. Tal vez si hubiéramos estado solos, pues, o yo se los largo, o él me los deja. Total, uno que otro laurel, y los más puros ojoches de poco valor. Pero había que mantener la autoridad... La pura tuerce. Nos apañamos.

—¿A machete?

—Mjm, y limpiamente. Lo enterraron allí mismo, en la montaña. Pero no faltó un lenguón y...

—Te persiguen.

—No creo que sea para tanto, por aquí; está lejos. Pero me han encausado.

A Remigio le dolía con escozor saber que su hermano debía ahora una muerte. Pensó tirarle encima una estiba de palabras duras y reconvenciones que lo hirieran, que lo maltrataran, que lo hicieran sentirse infeliz y culpable. Mas no lo pudo. Vio que su hermano estaba hecho de otras razones, formado con otra clase de sesos y otros sentimientos que los suyos, y apenas le agregó:

—Quedáte aquí si querés. Trabajo sobra, y hay qué comer.

Gabriel, pensando para sí que se quedaría apenas lo indispensable, tan largo como hubiera peligro y tan corto como encontrase algún portillo por donde saltar de nuevo a su vida libre y despreocupada de siempre, sonrió agradecido a Remigio, y en los días que siguieron se mandó a trabajar con él en las sementeras, aunque, de cuando en cuando, se autorizó a irse de montería por todos aquellos lugares, tan sabrosos de venado y dulcíticos de tepezcuintle. Bueno, no vayan a creer ustedes, primo Gabriel, si se ponía, sabía también domar a paladas un surco tamaño de tierra, porque en músculo quizá que le llevaba la mano a primo Remigio.

Pero ya se me hace este cuento muy largo. Ustedes tal vez están pensando que falta mucho para

que le lleguemos a la cola, y ahora casi, casi estamos saliendo de él. La gente acostumbra morirse. Algunos, como este duro y correoso Tata Mundo, se vuelven reacios a esa cosa, y se van quedando para contar la vida; mas no aconteció así con mi primo Remigio. No lo mordió una toboba, ni se lió a machetazos con naide, ni lo corneó torete chúcaro ninguno. Le entró enfermedad que lo dobló en la cuja, y allí se nos fue muriendo de una muerte tan suave y tan ligera. Empero no tan ligera que no diese tiempo a mi primo Gabriel para sacar y poner a asolear un maldito pensamiento, que para cuando su hermano se hallaba a punto de echar la postrer boqueada, ya bien tostadillo se le había convertido en decisión. Sucedió que la causa por el homicidio continuaba muy viva y peligrosa, según había sabido por un amigo, y en estos casos uno quiere echar mancuerna a la ocasión que se presenta propicia, y esto era lo que Gabriel deseaba decirle a Remigio, si bien no se atrevía por miedo de irlo a terminar de una vez, o algo así. Hasta que se lo dijo. Y el moribundo, cosa curiosa y llena de miga, se alumbró todo de los ojos adentro y del semblante afuera. Quedóse mirando como reconocido con él a su hermano, y movió afirmativamente la cabeza, mortecina, sí, pero también decididamente. Murmuró:

—Sí, mano... Me llevo tu nombre... y te dejo el mío... Cargálo, eso sí, con honra.

Al que llevaron a enterrar fue a Gabriel Fuentes, porque Gabriel Fuentes había cogido la fe de

bautismo de Remigio y ahora andaba con ella en su mochila.

Tía Francisca había tenido la ocurrencia de parirlos muy parecidos de cara.

Por donde que Gabriel, a quien no le quedaba más salida, alzó con toda la carga de mi primo Remigio: la casa, la finca, los chacalines, y . . . hasta la mujer.

Años después me lo encontré en la Boca del Tempisque, adonde había venido arreando un ganado. Y ¿han de creer ustedes?, ya no era Gabriel Fuentes. Era, positivamente lo era, Remigio Fuentes. Aunque, seguro, un Remigio un algo taciturno y calladero. Había enriquecido, agregando otros diez sacos de paciencia a la paciencia de mi otro primo. Y también añadiendo descendencia, como que eran ahora ocho sus hijos. Ji ji ji —rio Tata Mundo—, y yo me quedé dudando: ¿quién, en definitiva, murió aquel día? ¿Aquel relumbre de alegría de Remigio, el moribundo, no habría sido un terrible gesto irónico, lleno de sabiduría, como si hubiese estado diciendo: “Sí, mano, yo te cambio mi muerte por tu vida”?

A Tata Mundo se le ocurre, hijitos míos, que se dan casos en que un difunto sigue viviendo, en tanto que un hombre que vive, en realidad ya se halla enterrado. Pues las gentes nunca supieron la verdad, y asina, primo Gabriel tuvo que meterse en el cuerpo la existencia del otro, más pesada que la suya, y darle a este la propia para que se la llevara al cementerio.